
La Convención del Patrimonio Mundial, recuerdos y lecciones aprendidas

Alfredo Conti

Universidad Nacional de La Plata / ICOMOS Argentina



Al recibir la gentil invitación de la revista *Hereditas* para colaborar con anécdotas o experiencias en el número dedicado al quincuagésimo aniversario de la adopción de la *Convención del Patrimonio Mundial*, inmediatamente vinieron a mi cabeza recuerdos relacionados con el modo como tomé contacto con la Convención y con la experiencia acumulada desde entonces. Habría mucho para relatar: anécdotas vinculadas con las sesiones del Comité, dentro y fuera del recinto, con misiones técnicas y reuniones de expertos, con discusiones acaloradas o tediosas, pero, en función del espacio disponible y de no abusar de la paciencia del lector, me referiré solo a algunas.

En 1984, el Comité del Patrimonio Mundial celebró su 8ª sesión en la ciudad de Buenos Aires. Un grupo de estudiantes de posgrado en Conservación del Patrimonio de la

Universidad de Buenos Aires fuimos invitados por quien presidía la sesión en representación del gobierno argentino, Jorge Gazaneo, director de nuestros estudios y con quien yo colaboraba desde hacía unos años en la Universidad de La Plata, presenciando reuniones y colaborando en algunas tareas referidas fundamentalmente a la asistencia de los participantes, tarea que yo realizaba. La sede de la sesión, que tuvo una duración de cinco días, fue una sala del Centro Cultural General San Martín, en el centro de la ciudad; los participantes no llegaban al centenar y prácticamente no había medidas de seguridad.

No había leído el texto de la Convención ni sus *Directrices Prácticas*, y solo contaba con una vaga idea acerca de qué se trataba todo eso, pero lo que recuerdo fue la sensación de que ahí estaba representada la humanidad, trabajando mancomunada-

mente para preservar los sitios naturales más significativos del planeta y los tesoros de la producción humana. Si bien no entendía totalmente parte de las discusiones, sí comprendí que se trataba de una causa muy noble, de la que sentía que me gustaría colaborar. Lo hacía desde poco tiempo atrás con el Comité Argentino del ICOMOS y esa experiencia nos dio la oportunidad, también, de conocer personalmente a varios expertos, a quienes considerábamos ineludibles referencias académicas.

Pasaron varios años para que pudiera trabajar activamente en la implementación de la Convención, en especial a través del ICOMOS, y más de veinte para que asistiera nuevamente a una sesión del Comité. A finales de 1999, el ICOMOS me confió la tarea de evaluar un sitio nominado a la *Lista del Patrimonio Mundial*, la ciudad de Goiás, en Brasil. Era mi primera misión; había leído atentamente la documentación provista por el Estado Parte y las *Directrices Prácticas para la aplicación de la Convención*, así como las estrictas instrucciones del organismo consultivo, que incluían no solo los aspectos técnicos sino también los relacionados con la conducta durante la misión, entre ellos mantener un perfil bajo y evitar contactos con medios de difusión masivos. Goiás es una ciudad pequeña, a la que nos trasladamos en una “combi”, con un reducido número de anfitriones, desde la capital del estado, Goiânia. Al llegar a la entrada de la ciudad me abrieron la puerta del vehículo para que me formara una primera impresión del sitio; además de una cantidad enorme de gente que esperaba, lo primero que vi fue una señora, ya de cierta edad, que corrió hacia mí y, llorando, me abrazó. Supe entonces que se trataba de una de las personas que más había trabajado por la conservación de la ciudad y por su nominación a la *Lista del Patrimonio Mundial*. Era difícil permanecer indiferente

frente a esa emoción que, tal como pude comprobar durante los días que siguieron, era compartida prácticamente por todos los habitantes de Goiás. En definitiva, lo primero que pude constatar, antes de las visitas y reuniones técnicas, fue el compromiso, la participación y el involucramiento de la comunidad local, un tema al que no se le prestaba aún la atención que, merecidamente, se le dio pocos años más tarde.

Vinieron con el nuevo siglo varias misiones de evaluación, de monitoreo reactivo y de asesoramiento, a la vez que el primer ciclo de informes periódicos sobre la aplicación de la Convención en América Latina y el Caribe, para el que, una vez más, ICOMOS me confió su representación. Cada una de estas experiencias, en las que sentía que era más lo que recibía que lo que podía aportar, significó un enorme aprendizaje. Las imágenes y los recuerdos van desde un vuelo en helicóptero sobre Brasilia, una navegación en lancha por la bahía de Cartagena de Indias, hasta una comida en una casa diseñada por Luis Barragán o escuchar música bajo el cielo nocturno de Quito. Dejo para el final de este texto un balance de lo aprendido.

En 2008, en ocasión de la 32ª sesión del Comité, que tuvo lugar en Quebec, Canadá, me tocó, en representación del ICOMOS, exponer algunas de las recomendaciones del organismo referidas a las inscripciones en la *Lista del Patrimonio Mundial*. Bajo la impecable presidencia de Christina Cameron, la sesión era bien diferente a la que había presenciado en 1984, tanto por la cantidad de asistentes, que se había incrementado notoriamente, como por la variedad de temas tratados y la intensidad de algunas discusiones. Recuerdo especialmente, de aquella sesión, la emoción por presentar la recomendación de inscripción de San Miguel de Allende, una ciudad por la que

siento un particular afecto, pero también mi turbación cuando, en la primera presentación que me tocó exponer, se me trabó el control remoto para pasar las imágenes, o mis balbuceantes respuestas a la insistencia de un delegado que preguntaba sobre aspectos relacionados con los análisis comparativos; no era fácil encontrarse en el podio y sentir todas las miradas clavadas en mi persona, lo que quedó compensado por los comentarios alentadores de Michael Petzet y de Herb Stovel sobre mis alocuciones.

Desde esa fecha y hasta 2017 asistí a varias sesiones del Comité, de las que han quedado recuerdos y anécdotas que difícilmente se pueden sintetizar en pocos párrafos. En la sesión del año referido, que tuvo lugar en la bella Cracovia, me tocó, esta vez en calidad de cabeza de la delegación del ICOMOS, por delegación de su entonces presidente, Gustavo Araoz, que presentara al Comité la recomendación sobre la Ciudad Antigua de Hebrón / Al Khalid, nominada por Palestina en calidad de procedimiento

de emergencia. Se trataba de un caso complicado por sus implicancias políticas. Si bien pasada la exposición no se formularon preguntas específicas dirigidas al organismo consultivo, ante lo que respiraba aliviado, la discusión que siguió fue la más fuerte e intensa que me tocó presenciar desde el podio, con algunos instantes en los que se respiraba una tensión que no cesaba de crecer. La contrapartida, en lo que concierne a las pocas exposiciones a mi cargo, fue la de Cais do Valongo, en Río de Janeiro, que dio lugar a una serie de intervenciones emotivas por parte de varias delegaciones sobre la tragedia de la esclavitud y a cómo un sitio, modesto en su sustancia material, posee un alto significado para la humanidad, lo que justificó una decisión unánime del Comité en favor de la inscripción.

Entre 1984 y 2017, e incluso después de este perio-



© DPM, Centro Histórico de Goiás, Brasil.

do, en que he seguido colaborando con el ICOMOS y con el Centro del Patrimonio Mundial, son múltiples los recuerdos y las anécdotas que vienen a mi mente. Entre ellos los hechos ocurridos en las sesiones del Comité o en reuniones internacionales, y también lo que se ve, como las numerosas horas dedicadas al estudio de los expedientes de nominación, los informes de los expertos y los documentos que introducen temas o aspectos inéditos a considerar, la redacción y reiterada corrección de informes técnicos, las discusiones internas en el seno del Panel de Patrimonio Mundial del ICOMOS y las dificultades a la hora de tomar algunas decisiones. Se pueden considerar, asimismo, el trabajo arduo, pero también los gratos momentos vividos, las pausas de cafés y las comidas compartidos con nuestros colegas del ICOMOS, del ICCROM, de la IUCN, del Centro del Patrimonio Mundial y con integrantes de las delegaciones que asisten a las sesiones. Siempre sentí que somos una gran familia unida por una causa común, aunque por momentos, como en toda familia, no siempre estamos todos de acuerdo.

Si tuviera que hacer una síntesis, más allá de los recuerdos y anécdotas particulares, de lo vivido en aquellos años de relación con la Convención, mencionaría, en primer lugar, la sensación de que estamos trabajando por una causa noble, que, desde la parcela profesional en la que nos ha tocado actuar, nos permite, humildemente, contribuir a la construcción de un mundo mejor, al entendimiento entre los pueblos y las culturas a través de la protección del patrimonio cultural y natural del planeta. Rescataría también el elevado número de personas que he conocido y con las que tuve la oportunidad de interactuar, desde funcionarios de organismos internacionales hasta integrantes de las comunidades asociadas a los sitios patrimoniales; de todos ellos he ex-

traído lecciones, constituyendo, una de las más significativas, la importancia de escuchar, de tener los oídos y la mente abiertos para comprender al otro, aunque no siempre estemos de acuerdo con sus pareceres. Considero, en relación con esto último, que nuestra condición de latinoamericanos nos ubica en una posición ventajosa, dado que las múltiples raíces en que se basa nuestra cultura regional nos facilitan la comunicación con personas de todas las regiones del mundo.

La *Convención del Patrimonio Mundial* me ha permitido vivir algunos de los momentos más intensos de mi vida laboral, aunque no faltaron también las frustraciones o los instantes de incertidumbre, pero sería ingenuo esperar que eso no sucediera. Gracias al trabajo realizado he hecho gran cantidad de amigos, de todas las regiones del mundo; también he discutido sobre cómo interpretar el contenido de un criterio para la inscripción en la Lista, la mejor traducción de los poemas de Cavafis o dónde se puede comer bien sin pagar demasiado.

La Convención, sus instrumentos y procedimientos han recibido críticas, y es cierto que por momentos pareciera que no se logra cumplir adecuadamente algunos de sus cometidos o alcanzar los objetivos estratégicos adoptados por el Comité del Patrimonio Mundial. Como toda obra humana, la Convención no es perfecta, pero es un recurso más que valioso para contribuir, en conjunto con diversos pactos y acuerdos internacionales, a la protección y promoción del patrimonio cultural y natural.

A lo largo de sus primeros cincuenta años de existencia, la Convención se ha adaptado, en las sucesivas revisiones de sus *Directrices Prácticas* y de las decisiones del Comité, a los cambios que las circunstancias exigen; hemos mudado de sostener

una visión monumental y más bien arquitectónica del patrimonio cultural, a considerar la escala territorial, mediante la incorporación de los paisajes y de los itinerarios culturales, de reflexionar sobre la autenticidad basada en la persistencia de la sustancia material original, de enunciar una definición anclada en contextos culturales específicos, a sustentar componentes inmateriales del patrimonio que forman parte o están asociados a los sitios.

Durante los últimos años, cuestiones como los impactos del cambio climático, el turismo masivo hacia los bienes patrimoniales, la integración de los objetivos del desa-

rollo sostenible en todos los procesos de la Convención o la inclusión de todas las partes interesadas y de los titulares de derechos en la identificación, valoración, protección y gestión de los lugares patrimoniales, dan cuenta de que, lejos de ser estático, el sistema *Patrimonio Mundial* se encuentra en constante evolución. Aún hay mucho por hacer y, seguramente, el mundo cambiante en el que vivimos nos planteará permanentemente desafíos novedosos; el entusiasmo con que todos los actores involucrados encaran la tarea, y la incorporación de profesionales jóvenes al sistema creado por la Convención, permite augurar un prolífico segundo medio siglo.